

Tiempo, temporalidad e intervención *

Roberto Manero **

Restons-en néanmoins à tout ce qu'induit la présence réelle des intervenants. Ce qui dérange, c'est qu'ils sont des étrangers, mais aussi le fait qu'ils n'ont en général été demandés que par une fraction de la population concernée. Leur présence produit un travail d'imagination et de réflexion, un peu comme c'est le cas lorsque l'on voit la voiture du médecin arrêtée devant la maison du voisin. Les intervenants ont été appelés et c'est l'appel lui-même (la commande) qui instaure un climat socianalytique, comme l'appel au médecin plonge la maisonnée et le voisinage dans l'idée de la maladie et non plus du simple malaise. De plus, avant que le dispositif proprement matériel, ainsi que les premiers comportements significatifs des intervenants, ne lancent des messages en clair, ils représentent une menace latente pour le territoire de la population concernée: quelle place va-t-il occuper -et c'est bien d'une occupation, au sens quelque peu prédateur du terme, qu'il s'agit. Outre du territoire, du temps quotidien déjà programmé, le prédateur va sans doute aussi exiger que l'on parle "fric". Et comment le situer politiquement? est-il modérément de gauche, ce prédateur? ou marxiste armé jusqu'aux dents, ou anarchiste venant s'amuser a "foutre le bordel"? Quel dégâts va-t-on lui laisser commettre? Finalement, comme à l'Arpenteur de Kafka ré-actualisé sous la figure du socianalyste par Lapassade lors de son intervention au Québec, est-ce qu'on ne va pas s'employer surtout à lui donner le sentiment de sa parfaite inutilité?

René Lourau ¹

* Reflexiones extemporáneas sobre la intervención socioanalítica realizada en la Facultad de Psicología de la Universidad Veracruzana Zona Poza Rica-Tuxpan

** Profesor-investigador del Departamento de Educación y Comunicación de la UAM-Xocimilco.

¹ René Lourau, *L'imagination socianalytique*, inédito, París, 1985. p. 158. "Quedémonos, sin embargo, en todo lo que induce la presencia real de los intervinientes. Lo que altera, es que son extraños, pero también el hecho de que en general fueron demandados únicamente por una fracción de la población concernida. Su presencia produce un trabajo de imaginación y de reflexión, un poco como el caso en el que vemos el auto del médico parado frente a la casa del vecino. Los intervinientes fueron llamados y es el llamado mismo (el encargo) lo que instaure un clima socioanalítico, como el llamado al médico

Introducción

Las líneas que anteceden describen, perfectamente el trabajo de producción del encargo de una intervención socioanalítica. En diversos momentos, y especialmente en relación a la intervención que Lourau y Antoine Savoye llevaron a cabo en la Universidad Católica de Lovaina, se ha registrado en la literatura socioanalítica una fuerte intensidad en los procesos políticos al interior del establecimiento previos al encargo de intervención institucional. Efectivamente, sucede como si los momentos más fuertemente analizadores precedieran al momento mismo de la producción del encargo.

Esta situación está en el origen, también, de otros fenómenos que se registran en los reportes sobre las intervenciones. Resulta frecuente que el grupo-cliente sea ya un grupo filtrado, un grupo que, por así decirlo, es la decantación resultante del momento socioanalítico fundamental. ¿Se trataría así de una contradicción en los términos mismos del socioanálisis?

La intervención que realizamos Raúl Villamil y yo en la Facultad de psicología de la Unidad Poza Rica de la Universidad Veracruzana, en la que también participó casi accidentalmente mi mujer, Patricia Casanova, asumiendo el papel de "monitor" de la experiencia, en mayo de 1992, puede resultar interesante, en la medida en la que refleja con profunda nitidez este tipo de procesos descritos en la literatura socioanalítica. Trataremos, en este texto, de profundizar algunos aspectos sobre el proceso de producción del encargo de intervención.

sumerge a los vecinos y al vecindario en la idea de la enfermedad y ya no del simple malestar. Además, antes de que el dispositivo propiamente material, así como los primeros comportamientos significativos de los intervinientes, lancen mensajes claros, representan una amenaza latente para el territorio de la población afectada: qué lugar van a ocupar y claro que se trata de una ocupación, en el sentido más o menos depredador del término. Además del territorio, del tiempo cotidiano ya programado, el depredador sin duda también exigirá que se hable de "la lana". ¿Y cómo situarlo políticamente? ¿es moderadamente de izquierda este depredador? ¿o marxista armado hasta los dientes, o anarquista que viene a divertirse "armando desmadre"? ¿Qué perjuicios dejaremos que cometa? Finalmente, como en el *Extensionista* de Kafka reactualizado bajo la figura de Lapassade en su intervención en Quebec, ¿no nos ocuparemos sobre todo en darle el sentimiento de su perfecta inutilidad?"

El tiempo de la crisis

Después de una serie de contactos telefónicos, se realizó una entrevista con Ricardo García, quien venía en representación de un grupo de profesores de la Facultad de psicología de la Universidad Veracruzana, zona Poza Rica-Tuxpan. Ricardo había sido alumno de Raúl en la licenciatura. Después nos enteraríamos de que esta Facultad cuenta entre sus profesores con varios egresados de la Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco, de la cual Raúl, Patricia y yo somos egresados y en la cual laboramos como profesores-investigadores. A tal grado llega la interferencia, que la actual directora, Carla Reyes, es egresada de la UAM-X, así como el representante de los profesores ante el sindicato, Juan Ramos Tinoco, que fue compañero de nuestra generación y buen amigo de Raúl.

En síntesis, el objeto del encargo consistía en realizar en Poza Rica un curso sobre "Grupos operativos", dirigido básicamente a profesores de la Facultad que poco o ningún contacto habían tenido con esa línea de pensamiento en el panorama de la psicología Social. Este encargo se engarzaba en un proyecto del grupo que ascendía en su influencia sobre la facultad, y que intentaba (y continúa haciéndolo) un cambio en el perfil académico e institucional de esa casa de estudios. Proyecto modernizador, en un contexto de alta dificultad: versiones sumamente anticuadas y academicistas como proyecto de psicología, en una universidad que carece del estatuto de autonomía, y en la cual se encuentran sometidos a un doble centralismo: el más directo con Jalapa, con mucho el centro de la Universidad Veracruzana, y que goza de un fuerte prestigio en el contexto de las ciencias sociales y humanidades; y, mediado por éste, con México, la capital, con la cual buena parte de la planta docente guarda relaciones más o menos estrechas: la centralidad que acusa la producción académica e intelectual resulta bastante más alarmante que en otras esferas de los procesos sociales. Asimismo, es necesario señalar que la tradición de la Universidad Veracruzana en psicología está muy lejos del proyecto académico que se plantea este grupo. Psicología en Jalapa ha sido uno de los bastiones más fuertes del conductismo en nuestro país. Después de la caída de dicha tendencia en la UNAM,

Jalapa sigue siendo uno de los focos de resistencia más tenaces del conductismo.

El contexto político del encargo no era menos difícil: el cambio reciente de la dirección de la facultad se había hecho en favor de un grupo que hasta entonces no había podido acceder a espacios de toma de decisiones. Relaciones personales y familiares con los altos mandos de la UV permitieron la renovación de los cuadros dirigentes de la facultad, colocando a este grupo en una situación que presentaba ya algunas posibilidades para la estructuración y realización de un proyecto académico alternativo al que tradicionalmente se manejaba en la facultad.

El contexto del encargo, entonces, es el de una crisis institucional bastante generalizada en el establecimiento, crisis que tocaría, como después se revelaría en la intervención, las más íntimas fibras del proceso institucional, como lo son la relación maestro-alumno. El staff cliente, representado por Ricardo, se encontraba en una posición política bastante incómoda: *es como si hubiera llegado a una situación de poder antes de tiempo, en una situación coyuntural que ponía en riesgo la posibilidad de generación y puesta en práctica de un proyecto alternativo al proyecto dominante*. A partir de entonces, la Facultad de Psicología sería el terreno en el que se ponen en juego las diferentes tendencias y corrientes que ocupan lugares importantes en el país. Aparece así como un lugar atravesado por múltiples tendencias –entre las cuales desde luego estamos incluidos– disputándose una nueva periferia. Poza Rica se abre al mercado, en espera de una síntesis original derivada, necesariamente, de la autorización que puedan darse sus gestores. Juego de pesos y contrapesos, de llamados a los diferentes centros de actividad intelectual y de poder, en lo que ya se vislumbraba como un proyecto de modernización en el contexto de la reforma universitaria.

Este último punto no es desdeñable. La vida universitaria, desde la puesta en práctica de las nuevas políticas estatales en torno a la ciencia y la tecnología, ha sufrido importantes y profundos cambios, y desgraciadamente no todos, o más bien bastante pocos, han sido provechosos. Las políticas neoliberales en la universidad, que acentúan un productivismo acrítico e impostor, han obligado a una renegociación de los espacios de poder en función de las nuevas exigencias de una supuesta “excelencia académica”, definida básicamente en torno a los grados en la educación formal,

desdeñando las posibilidades extrauniversitarias de formación, y estableciendo una forma prácticamente dictatorial para la calificación y descalificación de los productos académicos (y evidentemente de sus autores). Sistemas como el SNI asemejan más a mafias coludidas con el control estatal, clubes de reconocimiento mutuo, que verdaderos sistemas de impulso a la producción original de conocimientos y tecnologías. En ese contexto, todos los establecimientos de educación superior están sometidos a una lógica de supervivencia que implica su sumisión a dichas políticas, con efectos las más de las veces paradójicos. Así, en el ejemplo que nos ocupa, es evidente la imposibilidad de sustentar el control por parte de una élite que se reveló, a lo largo de los años que estuvo con el control de los procesos académicos, incapaz de elevar el nivel académico de la Facultad, o de producir procesos acumulativos de conocimientos capaces de sustentar una cierta tradición. Al principio de la intervención, se manifestaría con toda nitidez los fuertes vínculos que guarda la Facultad con los espacios políticos, la opinión pública, en fin, con todas las redes del poder local. Y esta determinación en cascada del sistema político mexicano corre las más de las veces en perjuicio de las actividades académicas y de investigación. El grupo que sustentaba el control de la Facultad no resistió los embates de la modernización estatal, y fue sustituido por otro que, al contrario, manifestaba los gérmenes de una actividad constructiva, de un proyecto universitario.

En estas condiciones políticas, el grupo en ascenso, nuestro staff cliente, tenía una posición bastante incómoda. Carente de cualquier garantía política, estaba obligado, en el corto plazo, a dar muestras de una nueva gestión de los procesos institucionales, más acorde a las nuevas políticas estatales, y reconstituyendo el mínimo de vida académica que pudiera dar sentido a la facultad. El encargo que se nos dirige, porta en sí una doble significación. Es una llamada de auxilio, una solicitud de apoyo frente a la difícil tarea que se enfrentaba. Es hacer jugar la interferencia de las diferentes tendencias de la psicología, constituyéndose este grupo como representante en un espacio específico, en dicho establecimiento, de una tendencia de la psicología social, ampliamente trabajada en la UAM-X. Pero, al mismo tiempo, es acudir al ejemplo mismo de la modernización educativa, a la "universidad experimental" por excelencia, al experimento educativo probado hace más de 15 años y

que, por lo menos en psicología, ha dado muestras de sustentar un proyecto académico alternativo a la psicología oficial (a pesar de que, en un estricto análisis, podríamos considerar a éste el mejor ejemplo de la institucionalización, en su sentido más fuerte, más dramático, de las formas alternativas de la psicología. Por así decirlo, es en la UAM-X en donde se garantizaría el fracaso del proyecto radical, tanto en lo que se refiere a la educación superior, como específicamente en las corrientes críticas de la psicología. Pero eso puede ser otra discusión).

Metodológica y técnicamente, el encargo estaba de inicio atrapado.² Por una parte, un grupo se presenta para solicitar un cierto tipo de trabajo prácticamente obligatorio para otro grupo, imponiéndolo, estableciendo, de cierto modo, una mediatización para dicha imposición. Esto generaría, casi seguramente, el deslizamiento de la coordinación en chivo (emisario y expiatorio). Estaríamos obligados a fungir, más que como coordinadores, como mediadores entre dos fracciones, pero una vez que el juego ya estaba decidido. Pero este lugar de mediación a su vez aparecería como el de representación de aquellos referentes, tendencias o corrientes que constituían buena parte del proyecto del nuevo grupo ascendente. Evidentemente, en condiciones similares sería muy difícil trabajar una experiencia de grupo operativo.³

Por otra parte, estaba preestablecido un método en ausencia del objeto. Realizar una experiencia de grupo operativo, en ausencia de una tarea explícita y manifiesta, resultaría, en el mejor de los casos, establecer las condiciones de una práctica grupista mucho más similar a las de los *training groups*. Las condiciones del contrato, que en todo caso pudieran permitir una situación de negociación del encuadre, estaban del todo ausentes.

Nuestra respuesta a Ricardo se realizó en estos términos. Pero además, como lo había establecido Lapassade, el encargo que se nos planteaba se asemejaba en todo a lo que él denominó, en los

² Véase más adelante el anexo.

³ Y esto no deja de replantear preguntas acerca del problema de la homogeneidad y heterogeneidad del grupo en relación a su tarea. Si Pichon había planteado una heterogeneidad deseable en los grupos para lograr una homogeneidad en la tarea, la radicalización de los procesos políticos, es decir, una heterogeneidad política llevada a sus extremos, constituye una condición de imposibilidad para el abordaje de la tarea. Los obstáculos políticos, al parecer, se constituyen en un referente inanalizable y nulamente interpretable en el contexto de esta concepción.

años 70, la *demanda burocrática*, es decir, un encargo de intervención disfrazado de demanda de formación. Evidentemente, desde un principio, tuvimos la idea de responder al encargo en términos de una propuesta de intervención socioanalítica. Esto casaba mucho mejor con nuestros intereses académicos y profesionales, máxime en un momento en el cual habíamos abandonado las prácticas grupales en función de métodos mucho más próximos al socioanálisis. Sin embargo, posiblemente temiendo violentar demasiado el proyecto que nos presentaban, propusimos dos alternativas: o una intervención "suave", en la cual, bajo la forma de un curso sobre la cuestión grupo-institución, se deslizaran formas más o menos específicas referentes a las condiciones de posibilidad de una intervención institucional,⁴ o una intervención más "dura", es decir, mucho más apegada a las formas de una intervención socioanalítica.

Ricardo discutiría las propuestas con el staff cliente, y concertamos una entrevista algunas semanas después. Solicitamos a Ricardo que para esta entrevista, se desplazara a México la totalidad del *staff cliente*, con el objeto de entrevistarnos sin la figura de la representación.

Hasta este momento, la intervención se está jugando en dos tiempos: por un lado, la duración de la crisis política derivada del cambio de orientación y personajes en la dirección de la facultad. Evidentemente, en este período caliente del establecimiento, se hace clara la emergencia de múltiples analizadores.⁵ Pero por el otro lado, existe el tiempo de la negociación de la intervención. La crisis se vuelve un relato efectuado desde posiciones implicacionales específicas. Pero lo importante a señalar es que los tiempos de la negociación estarían sujetos básicamente a dos determinantes:

⁴ Esta posibilidad, evidentemente, significaba la imposibilidad de cuvar, vía el análisis del encargo, al encargo mismo. Por así decirlo, constituía una prueba sobre la flexibilidad del staff cliente en torno al proceso de intervención. Realizar el curso sobre grupo-institución significaba centrarnos en un lugar de apoyo académico, de "aliados" permanentes de ese grupo, al mismo tiempo que garantía académica de su propio proyecto. Sin embargo, el riesgo que corría era el de disminuir significativamente el impacto que nuestro trabajo pudiera tener sobre la facultad. Sería previsible que a un curso así se presentarían únicamente los interesados, desplazando los lugares de confrontación política.

⁵ Analizadores en sus múltiples dimensiones y acepciones: analizadores como "reveladores" de situaciones invisibles "que estaban ya allí", es decir, como enunciación de lo que entonces *fungía como lo "no dicho institucional"*; y analizadores como productores de sentido, como agentes o situaciones que organizan una emergencia de sentido, una nueva significación.

la disponibilidad del staff cliente y del staff interviniente, por una parte; y por la otra, los ritmos engendrados por los mismos espacios de negociación de la crisis. Por así decirlo, la característica de los tiempos que presenciamos en esta intervención nos plantearon que *el tiempo propio de la crisis se subsumía en un tiempo especial originado por las situaciones imaginarias inauguradas por el encargo de intervención*. A partir de este momento, tendríamos que entender que el encargo de intervención inauguraba un nuevo espacio y un nuevo tiempo en el cual se jugarían las contradicciones presentes en la situación crítica. Las oposiciones, las nuevas estrategias, las capacidades de negociación y de establecimiento de condiciones mínimas de trabajo en común, de debate y de confrontación, se jugarían, por lo menos *durante un tiempo*, en torno al proyecto de intervención.

Es así como la intervención se constituye como un espacio analizador por excelencia, *aún antes de la llegada de los socioanalistas*. Este nuevo espacio inaugurado, reproducirá de manera sintética, casi caricatural, las características críticas y agonísticas en las cuales el establecimiento se encontraba.

Jugamos así con la construcción de un tiempo y un espacio especiales, que son, antes de la imposición de cualquier dispositivo de intervención, producciones imaginarias, construcción de una arena en la cual los gladiadores elaborarán, estructurarán las condiciones de su combate.

Mais le temps non réduit aux nécessités du repérage et du legein, le temps véritable, le temps de l'altérité-altération est temps de l'éclatement, de l'émergence, de la création. Le présent, le nun, est ici explosion, scission, rupture-la rupture de ce qui est comme telle... De ce présent, le présent social-historique nous fournit l'illustration aveuglante et paroxystique toutes les fois où il y a irruption de la société instituant dans la société instituée, autodestruction de la société comme instituée par la société comme instituant, c'est-à-dire autocréation d'une autre société instituée... Même lorsque, en apparence, elle ne fait que "se conserver", une société n'est qu'en s'altérant sans cesse.⁶

⁶ "Pero el tiempo no reducido a las necesidades de la marcación y del *legein*, el tiempo verdadero, el tiempo de la alteridad-alteración es tiempo del estallamiento, de la emergencia, de la creación. El *presente*, el *nun*, es aquí explosión, escisión, ruptura-la

Es evidente que el tiempo inaugurado por la crisis es un tiempo en el cual la alteridad, siempre presente en la institución, se manifiesta, se hace visible. Las viejas instituciones, asediadas por dentro y por fuera (si fuera tan fácil saber cuál es el adentro y el afuera de dichas instituciones...), ceden el terreno a otros procesos, procesos instituyentes que en su momento colaboraron de formas distintas –en ocasiones inéditas o paradójicas– al mantenimiento o *conservación* de dichas formas institucionales. Pero la crisis inaugura otra temporalidad.

La temporalidad cíclica –en la que todo parece repetirse de forma indefinida, intemporal– que supone también un tiempo infinito –todo se repetirá eternamente, en una espiral de “progreso”–, estalla, se explota ante la emergencia de lo otro, de la alteridad, no de la simple diferencia. Ese tiempo aparentemente vacío cede el lugar a otro, tiempo denso, en el cual la sucesión de eventos se reduce precisamente en su aspecto de sucesión: es como si todo sucediera al mismo tiempo: el tiempo instituido comienza a desintegrarse.

La crisis es también emergencia de otras prácticas, para las cuales aparentemente no sólo no había espacio, *sino que no había tiempo*. Pequeñas experiencias de intervención comunitaria, pláticas de café en las que se inauguraba otra experiencia de la universidad, tiempos diferentes que se insertaban en la temporalidad propia de la vida cotidiana. Si en un principio esas cuestiones estaban *fuera de lugar*, el tiempo de la crisis las aproxima. La distancia entre la universidad y la vida cotidiana se acorta, la sociedad instituyente se aproxima a sus instituciones. El profesor deja de escindirse en los diferentes espacios de la cotidianidad. El efecto de ruptura es al mismo tiempo integración de diferentes espacios, de diferentes instituciones, en el mismo proceso instituyente.

ruptura de lo que es como tal... De ese presente, el presente social-histórico nos proporciona la ilustración engeguecedora y paroxística todas las veces que hay irrupción de la sociedad instituyente en la sociedad instituida, autodestrucción de la sociedad como instituida por la sociedad como instituyente, es decir, autocreación de otra sociedad instituida... Incluso cuando, en apariencia, no hace más que “conservarse”, una sociedad sólo es alterándose sin cesar.” Castoriadis, C., *L'institution imaginaire de la société*, Ed. du Seuil, París, 1975. P. 278-279.

El tiempo del encargo

¿Qué es lo que hace que en el contexto de esta crisis se produzca un encargo? ¿Se trata, como podríamos sospechar, de la imposibilidad de controlar, siquiera de vivir, en ese tiempo endemoniado inaugurado por la crisis? ¿Es la imposibilidad Weberiana de mantenerse en esa “economía” de excepción? ¿Es la necesidad de situar un “cerco” a los procesos instituyentes, a la negatividad, a proponerles un espacio y un tiempo especiales para su desarrollo, lo que en realidad supone dejar intocados el espacio y tiempo institucionales? En síntesis, ¿no aparece el proceso de intervención iniciado por el encargo como una mediación, o más bien una mediatización de la virulencia de lo negativo, de los procesos instituyentes?

Diversas concepciones del proceso de intervención, de la misma idea de intervención, están presentes en el acto de intervenir. Ardoino⁷ ha reseñado algunas de ellas. Sin embargo, quisiera resaltar aquélla que hace referencia al derecho. Allí, la intervención de un tercero no implica necesariamente la mediación entre los actores de un conflicto. De hecho, se solicita la intervención –en representación– de un tercero *que será el representante de una de las partes en conflicto*. Éste garantizará, por el *conocimiento* de las leyes, los derechos de su representado, en un dispositivo legal, el juicio, que marca una distancia respecto de las posibilidades de arreglo de una crisis *in situ*. Fue necesario un desplazamiento de la crisis, ante la imposibilidad de llegar a un acuerdo en el espacio y tiempo en el cual se generó dicha crisis. El sistema judicial establece, así, una doble significación en el conflicto: el llamado a un tercero no es solamente a un juez que mediará –y dictaminará– sobre el conflicto, sino también es un encargo a una figura que lo representará. Se inaugura así una escena artificial que intentará distanciar hasta donde sea posible a los actores mismos del conflicto.

El llamado de intervención, en este caso, no es precisamente de tipo judicial, es decir, un llamado a intervenir entre las partes en conflicto. Es básicamente un encargo de *representación*, de legitimar la ausencia del *staff cliente* frente a sus detractores para la instrumentación de otro proyecto hegemónico.

⁷ J. Ardoino, “La intervención: ¿Imaginario del cambio o cambio de lo imaginario”, en *La intervención institucional*, Folios Ediciones, México, 1981.

No obstante, quedan aún muchas preguntas por resolver. Pero básicamente me inquieta una: ¿por qué la crisis desemboca en un encargo de intervención? ¿Por qué el conflicto no se desarrolló y se “resolvió” en el terreno mismo de la práctica cotidiana en el establecimiento? ¿Qué es lo que generó que pensarán en la intervención de un agente “externo” a la situación que en ese momento estaban viviendo?

Estas preguntas están presentes en todo tipo de intervención: desde la propiamente terapéutica hasta la institucional. Diferentes disciplinas, aproximaciones o referentes responden de acuerdo a los terrenos, perspectivas o situaciones que enfrentan. Así, por ejemplo, en el psicoanálisis los montos de ansiedad que provocan ciertas crisis psicológicas, o el debilitamiento yoico producido por ciertos procesos –depresivos, por ejemplo– son determinantes para el llamado de auxilio al terapeuta. Sin embargo, la relación inversa sigue inexplicada, a saber: no toda situación potencial de demanda terapéutica genera dicha demanda.

El problema de la generación del encargo ha sido trabajado desde diferentes perspectivas: la cuestión de la demanda manifiesta y la demanda latente, la cuestión del encargo y la demanda, la cuestión de la demanda y la oferta. Todas estas perspectivas tienen en común el hecho de trabajar y analizar demandas *que ya han sido formuladas, y que es necesario describir, entender y explicar en sus múltiples dimensiones y perspectivas.*

Sin embargo, hasta el momento la respuesta a esas otras preguntas ha quedado pendiente. Por lo pronto, únicamente intentaré realizar algunas exploraciones, ciertas cuestiones que puedan adentrarnos, quizás, a plantearnos mejor dicha problemática.

Cuando Ricardo nos expresa su demanda, ésta aparece como una demanda de formación, como una demanda en la cual la versión de los grupos operativos que manejábamos resultaba más aceptable que otras que ya habían conocido. Este primer dato, el planteamiento de lo que Lapassade llama la “demanda burocrática”, incluye claramente una doble significación de su encargo: de inicio, el intento de estructurar un espacio especial, un “cursillo” en el cual efectivamente se manifestara con nitidez las características prácticas de aquello que se constituía como el eje vertebral del nuevo proyecto académico (a saber, una psicología social basada en la forma singular que le habíamos dado en la Carrera de

psicología de la UAM-X a los grupos operativos); en segundo lugar, el contexto político del encargo apuntaba ya las dimensiones de lo que se quería dirimir: a saber, la emergencia de un grupo político-académico que intentaba la imposición de otro proyecto como proyecto hegemónico en la facultad.

La idea de desplazamiento está presente desde la formulación del encargo. Lourau ha trabajado, en relación a su intervención en Lovaina, la cuestión de los múltiples desplazamientos que suponen algunos procesos de intervención. En este caso, hablaremos del primer desplazamiento, fundamental: la organización de una situación de artificialidad –el dispositivo socioanalítico– como método de análisis del proceso.

La operación que produce, con la concomitante explosión de fantasías que se desprenderán, el encargo, el llamado a un agente externo, indica ya un primer desplazamiento del conflicto: la sola presencia del especialista –así fuera en situación de consulta– implica la construcción de una situación de artificialidad, desde la cual se hace más controlable el conflicto. El staff cliente deja en manos de los analistas la construcción de un dispositivo de intervención. A partir de entonces, los procesos que de allí se deriven, podrán ser trabajados, elaborados, *representados*. Es como si la crisis nos hubiera dejado una situación impensable, inanalizable. No se puede establecer una distancia para comprenderla, entenderla y controlarla. Sólo se la puede desplazar. Pero me pregunto si este llamado al “brujo” que podría exorcizar los demonios que se generan en la explosión instituyente, no implica ya su presencia en la organización cotidiana, en los tiempos pacíficos, cuando nada sucede. Esta cuestión la desarrollaremos más adelante.

Por lo pronto, lo que cabe pensar es que la estructuración del espacio de artificialidad que se construye en colaboración con el interviniente está ya mostrando los elementos que serán objeto mismo de la intervención. Jacques Guigou, en su estudio sobre la formación permanente, analiza cómo la demanda burocrática, resuelta en forma de “cursillo” de formación, en realidad constituye una forma de neutralización política, casi catártica, de las contradicciones generadas en los espacios y tiempos de la práctica social en establecimientos específicos. A su vez, Lourau insistirá en el aspecto de alteración, de perturbación que implica la instauración de un dispositivo socioanalítico. Si el cursillo –en la medida en la

que sitúa como objeto la formación, el aprendizaje de ciertas problemáticas—, sitúa el análisis en acto de la crisis como una resistencia generada por una demanda latente, un *acting*, en el socioanálisis dicho proceso es el objeto mismo de la intervención.

El encargo de intervención expresado por Ricardo asume, pues, la construcción de una situación de artificialidad que es, en realidad, una recomposición de las fuerzas en juego.

*Le dispositif est assimilable à un dérangement de l'institué: il est un arrangement nouveau des rapports. Les formes habituelles, officielles ou officieuses, sont déplacées en vue d'une opération guidée par un ou des spécialistes. Un nouveau rapport de forces préside à ce déplacement.*⁸

Y este nuevo arreglo de las relaciones —de poder— está presidido por sus aliados momentáneos, el *staff interviniente*.

En el origen del encargo se encuentra, pues, un desplazamiento del espacio cotidiano: es una nueva arena en donde se escenificará el conflicto. Y esta nueva arena, como claramente queda comprendido por Ardoino, supone también un desplazamiento de los tiempos y la temporalidad presente en la crisis: al tiempo endemoniado de la crisis, en la cual la sucesión de eventos instituida por la temporalidad dominante fue quebrada por otro tiempo, el tiempo de la emergencia e irrupción de los procesos instituyentes, le será sustituido el tiempo o la temporalidad especial de la intervención: existe en este desplazamiento una acción acompañada de una ritualización.

El planteamiento de este desplazamiento, evidentemente, debe contar con una serie de condiciones que lo permitan. Más arriba, exponía la hipótesis según la cual, de hecho, en la situación crítica el *tercero* se encuentra permanentemente integrado. Y este aspecto se encuentra muy claramente desarrollado por Sartre. Si Castoriadis había planteado que la verdadera *densidad* del tiempo social-histórico se hace presente en las situaciones de emergencia —estas situaciones paroxísticas— de los procesos instituyentes, Sartre, más

⁸ “El dispositivo es asimilable a una perturbación de lo instituido: es un nuevo arreglo de las relaciones. Las formas habituales, oficiales u oficiosas, son desplazadas en vistas a una operación guiada por uno o varios especialistas. Una nueva relación de fuerzas preside este desplazamiento.” R. Lourau, *L'imagination socianalytique*, op. cit.

de diez años antes, había planteado el análisis filosófico que permite efectivamente encontrar dicha densidad.

Mais l'erreur commune de beaucoup de sociologues, c'est de s'arrêter là et de prendre le groupe comme une relation binaire (individu-communauté) alors qu'il s'agit en réalité d'une relation ternaire. Il y a ceci, en effet, qu'aucun tableau, qu'aucune sculpture ne pourra rendre directement, c'est que l'individu comme tiers est lié dans l'unité d'une même praxis (donc d'un même dévoilement perceptif) à l'unité des individus comme moments inséparables de la totalisation non totalisée, et à chacun d'eux comme tiers, c'est-à-dire par la médiation du groupe.⁹

Para Sartre, la constitución del grupo a partir y en negación de la serie y de lo práctico-inerte, se hace precisamente en el momento en el que aparece una praxis común, un *proyecto* que transforma las relaciones seriales de los grupos-objeto en relaciones mediadas por la “totalización no totalizada” del grupo. Es como si la dimensión propia del grupo apareciera a condición de que emerja, al mismo tiempo, su cualidad instituyente. Para Sartre no hay grupo sin proceso instituyente. Pero el corolario que nos interesa es que dicho proceso instituyente trae consigo una mediación, mediación del grupo, que se manifestará por lo que él denomina una relación humana de reciprocidad mediada.

Efectivamente, la aparición o emergencia de un nuevo proyecto, la crisis que esto significa, trae aparejada, necesariamente, la integración de un *tercero* como transformación necesaria en las relaciones de reciprocidad. Podemos constatar esta condición desde diversas disciplinas. Por ejemplo, la aparición de la noción de *vínculo* en la psicología social pichoniana como sustituto del concepto de *relación de objeto* en psicoanálisis hace referencia necesariamente a un aspecto triangular, a la inclusión del *tercero* en la relación diádica: para Pichon, todo vínculo es bicorporal pero necesariamente tripersonal.

⁹ “Pero el error común de muchos sociólogos, es detenerse allí y tomar el grupo como una relación binaria (individuo-comunidad) cuando en realidad se trata de una relación ternaria. Y está lo que, en efecto, ningún cuadro, ninguna escultura podrá dar directamente, y es que el individuo *como tercero* está vinculado en la unidad de una misma praxis (y consecuentemente de un mismo develamiento perceptivo) a la unidad de los individuos como momentos inseparables de la totalización no totalizada, y a cada uno de ellos *como terceros*, es decir, por la mediación del grupo.” Jean Paul Sartre, *Critique de la raison dialectique*, tomo I, Gallimard, París, 1985. p. 476.

En etnología y sociología, la relación entre lo sagrado y lo profano, constituyente básico de cualquier posibilidad simbólica, están dadas a partir de la mediación permanente de un tercero, sacerdote, chamán o como se le quiera denominar.

Integrados en la vida cotidiana, como desaparecidos, la relación de *terceros* se hace presente en la situación crítica inaugurada por la emergencia de los proyectos instituyentes. Aparece así, en la situación terciada, mediada, un efecto de sentido que Sartre describe genialmente: toda relación de reciprocidad se redefine.

En el momento de la crisis de la Facultad, es muy clara la aparición de este efecto. Es como si el grupo instituyente, de golpe, se encontrara constituido *como grupo*, es decir, unido en una praxis común que, evidentemente, transforma, también de golpe, la percepción de la situación. No ha sido suficiente la totalización efectuada por el grupo contrario: el hecho de haber sido totalizados (aunque fuera como "enemigos") por el grupo rival, no fue razón suficiente para que apareciera, con toda su potencia, un proyecto, una *praxis común*. Pasar de la defensiva, de la resistencia más o menos pasiva, a la ofensiva, a la posibilidad de crear *otra universidad* desde las cenizas de lo que los otros han dejado, articula una nueva relación entre los miembros. Pronto, la mediación grupal se encarna en nuevas leyes, en un *nuevo proyecto* que, paradójicamente, tiene el efecto de desempolvar, de sacar del congelador, un viejo programa de formación efectuado en otros espacios (UAM-X).

La memoria colectiva como *viático* de una esperanza que se vuelve programa. Esta esperanza encarnada tiene *autores* que serán convocados. El espacio grupal, en este tiempo endemoniado (tiempo que ha su vez ha tenido la virtud de poner en contacto, vía la desaparición de las *secuencias* establecidas del tiempo instituido, un pasado olvidado con un presente excepcional), se ha simbolizado en un proyecto, un proyecto que convoca a *autores* externos, reclamo de una paternidad que deberá ser elaborada como transferencia pedagógica.

El llamado a los intervinientes es también el llamado a encarnar un proyecto como materialización de la dimensión instituyente del grupo. En este sentido, el interviniente, en el caso que nos

ocupa, es el lugar mismo de la *representación del grupo*.¹⁰ La imposición más o menos relativa de la intervención juega así un aspecto simbólico: es la *autorización*¹¹ que el grupo se da para abrirse un tiempo y un espacio en el establecimiento; es, básicamente, un marcaje simbólico de su nacimiento en tanto grupo. Y como marcaje, también dará origen a un tiempo mítico que cabalgará sobre la temporalidad instituida.

Pero si en la escena institucional, el llamado al especialista es una forma de autorizarse el grupo, éste tendrá que elaborar la figura de representación para *autorizarse* de forma plena. El lugar *trascendente* del interviniente-representante de su proyecto deberá ser negado, para asumir de forma *inmanente* el proyecto que hace del grupo simple y sencillamente *un grupo*. El llamado a los especialistas juega, entonces, con esta doble significación dialéctica: negación del orden instituido, del proyecto que actualmente pierde su vigencia, a través de la contraposición de una praxis común, de un proyecto representado en la persona de los intervinientes; pero también negación de éste, en el rebasamiento necesario que se da en la situación de intervención: el interviniente queda necesariamente desplazado como representante de dicho proyecto, situado en cierta exterioridad. Se trata, quizás, de diferentes momentos del

¹⁰ Este momento resulta muy importante. El grupo se hace grupo en sus praxis instituyente. Es capaz, a partir de esa misma praxis, de generar un proyecto, que va mucho más allá de lo que pudiese aparecer escrito en un texto. Poco a poco, en la práctica cotidiana, en el contexto de su institucionalización, el proyecto podrá irse convirtiendo en programa o programas de acción. Tendrá una existencia visible, que al mismo tiempo traduce y traiciona el "espíritu" del proyecto que le da origen. El grupo *representado* en un proyecto, y éste, a su vez, encarnado en los especialistas, nos hace pensar en un elemento de *trascendencia* que se opone dialécticamente a la *inmanencia* del proyecto al grupo. Psicológicamente, el proyecto tenderá a idealizarse en un *modelo*. Pero lo que el grupo deposita en este modelo no es otra cosa que *su propia práctica en un primer momento de alienación, de enajenación*. El interviniente, *investido del poder colectivo que le deposita el grupo*, sólo tendrá una alternativa: o asumir el liderazgo, representando el poder sagrado de lo colectivo en su propia persona, y desde allí liderar al grupo -con el consecuente riesgo de salir crucificado-, o devolver al grupo lo que es suyo, su propia práctica en una dimensión de proyecto, *a pesar de la incapacidad grupal de representarse en tanto colectivo*.

¹¹ Damos a esta noción el sentido de Ardoino: "*D'une certaine façon, l'une des finalités de l'éducation (scolaire, professionnelle, familiale, sociale) pourrait heuristiquement être définie comme la contribution de tous ceux qui exercent cette fonction à ce que chacun de leurs partenaires en formation (enfants, adultes, élèves, étudiants, formés, etcétera...) puisse progressivement conquérir, acquérir, constituer, développer, en lui, la capacité de s'autoriser, c'est-à-dire, conformément à l'étymologie, de se faire, de devenir, son propre auteur; en fait, il serait préférable de préciser: devenir co-auteur de lui-même, puisque cette autorisation, en tant que revendication de se retrouver soi-même intentionnellement à l'origine de*

proceso mismo de la autorización. Desde aquí, la naturaleza misma de la intervención quedaría cuestionada, como cuestionado quedaba el lugar mismo de los socioanalistas: la intervención se daría a pesar de las resistencias del grupo opositor. El proceso instituyente estaba desencadenado. Participarían en este parto simbólico todos los que quisieran. Los que no, quedaban fuera, pero la espiral desencadenada no podría detenerse. El grupo cliente quedaría conformado, definitivamente, por aquéllos que “se hubieran subido al camión”, y no por todos aquéllos que estuvieran tocados, de cerca o de lejos, por la problemática.

Es en el tiempo del encargo de intervención donde veremos jugar de la manera más nítida la lógica simbólica de la institución. Efectivamente, en el contexto de la crisis del establecimiento debido a una mayor virulencia de los procesos instituyentes, el llamado de intervención genera un desplazamiento: se abre un nuevo escenario, una situación artificial que efectivamente genera un reacomodo y una recomposición de las relaciones, incluidas las relaciones del poder. El conocimiento de allí obtenido será una *representación* de la realidad, no la realidad misma como se nos presenta en el continuum de la experiencia social-histórica.

Ya en otro espacio¹² hemos mencionado la característica específica del tiempo socioanalítico. Allí decíamos:

*certains actes, comportements, décisions, ne saurait en revanche nier, supprimer, annuler, fantasmaticquement, magiquement, des origines plus lointaines, des déterminations et des influences antérieures (parents, enseignants, formateurs) ni même d'autres formes d'altérations naturellement exercées à travers les relations paritaires.” Jacques Ardoino, “L'approche multiréférentielle (plurielle) des situations éducatives et formatives”, in *Pratiques de formation analyses, L'approche multiréférentielle en formation et en sciences de l'éducation*, No. 25-26, Avril 1993. Université de Paris VIII. “De cierta manera, una de las finalidades de la educación (escolar, profesional, familiar, social) podría ser definida heurísticamente como la contribución de todos aquellos que ejercen esta función para que cada uno de sus compañeros en formación (niños, adultos, alumnos, estudiantes, formados, etcétera...) pueda progresivamente conquistar, adquirir, constituer, desarrollar, en él, la capacidad de *autorizarse*, es decir, conforme a la etimología, hacerse, volverse su propio autor; de hecho, sería preferible precisar: devenir coautor de sí mismo, ya que esta autorización, en tanto reivindicación de reencontrarse a sí mismo intencionalmente en el origen de ciertos actos, comportamientos, decisiones, no podría por el contrario negar, suprimir, anular, fantasmiosamente, mágicamente, orígenes más lejanos, determinaciones e influencias anteriores (padres, maestros, formadores) ni tampoco otras formas de alteraciones naturalmente ejercidas a través de las relaciones paritarias.”*

¹² Cfr. Roberto Manero, “Grupos e instituciones: el malestar en la teoría”, en *II Encuentro de investigación del DEC*, Cuadernos del DEC, UAM-X, 1993.

Pero lo que es propio de esta fiesta socioanalítica es la instauración de un dispositivo que, en un solo movimiento, llega a proponer la autogestión en el punto de partida. La autogestión no será más una espera: ya está allí, y sin embargo no es la Salvación. Es también problemática. Esta negación de la espera aproxima al socioanálisis a la posesión. Según Laplantine, la posesión tiene como particularidad *la negación del tiempo infinitamente ampliado de los mesianismos*. Se trata de las diferencias entre los anarquistas y los marxistas revolucionarios. La temporalidad de la posesión es inmediata, es decir, sin mediación, momentánea, tomada en el arquetipo del eterno retorno. No se puede evitar la autogestión en el dispositivo socioanalítico. Y este dispositivo autogestionario se caracterizará, la mayor parte de las veces, por su carácter explosivo, efervescente, lúdico, propio del conocimiento negativo y de la posesión.

La temática de la posesión, vecina a la de la fiesta, presenta algunos problemas, básicamente su aspecto de *ritualización*. Sin embargo, nada menos ritualizado que el socioanálisis: su definición misma está dada por la *perturbación* que instituye en las relaciones instituidas. Dicha perturbación está evidentemente en las antípodas de la ritualización, destinada más bien a la organización o re-organización de dichas relaciones.

Sin embargo, este tiempo festivo organizado desde el encargo mismo de intervención se incluye en lo que hemos llamado un *marcaje*. Este nuevo tiempo inaugurado por la emergencia de los procesos instituyentes en el establecimiento requerirá su antes y su después, estructurará una nueva historia, que requiere la re-invencción de sus orígenes, de su propia mitología. La intervención jugaría ese papel. El encargo estaba destinado a *inaugurar un nuevo tiempo, el tiempo del nuevo proyecto ascendente*. Este era el sentido del marcaje solicitado. Ninguna intervención podría ir a contrapelo de esta demanda subyacente. Pero, además, este tiempo nuevo estaba destinado a negar el tiempo ya endemoniado de la crisis. Crisis como negación simple de lo instituido, pero que a su vez debería ser negada por un *nuevo orden*. Este proceso, que negaría la virulencia de la crisis, estuvo dado por el *ritmo de la negociación de la intervención*.

Ante nuestra contrapropuesta de la intervención, estaba presente la necesidad inminente del tiempo. La calendarización de las

actividades universitarias suponían que, para hacer efectiva la intervención, *para no hacerla demasiado lejana al tiempo de la crisis* o, cómo “técnicamente” podríamos manejarlo, al momento “caliente” que vivía el establecimiento, tendría que llevarse a cabo entre el “puente” del 1o. al 5 de mayo y sus vacaciones, que iniciaban el 15 de mayo. En este lapso de tiempo tendría que negociarse el dispositivo y llevarse a cabo la intervención.

Curiosamente, hay un lapsus generalizado que impide la realización en la Ciudad de México la entrevista con el *staff cliente*. Ni éste ni el *staff analítico* recuerdan el día y la hora de la cita. Se “olvidó” el tiempo acordado. El lapsus, curiosamente, señala el tiempo. La entrevista se ve reducida a una muy pequeña conversación callejera, en la que se establece la aceptación, por parte del “staff cliente” de las condiciones para una intervención socioanalítica en su sentido más “duro”... ¿Qué los pudo haber motivado para aceptar este dispositivo? ¿Qué sucedió en ese momento de la crisis?

Todo parece indicar que hay fuertes discusiones en torno al dispositivo propuesto. El dispositivo socioanalítico aparece como el lugar que clavaría la escisión de los grupos. Trabajar todo abiertamente, *en presencia de los estudiantes*, incluso las diferencias entre los propios profesores. Por el otro lado, hacer un dispositivo más suave, estilo el de Gérard Mendel, en el sentido de la división por grupos-clase, que permitiera un trabajo más elaborativo sobre las diferencias entre los grupos-clase.

Finalmente, Juan Ramos tenía razón, cuando planteaba que de fondo existían fuertes problemas políticos. El problema no era un problema metodológico, sino del reacomodo de las relaciones de poder en el dispositivo. La nueva arena presentada por el *staff cliente* era desventajosa para sus oponentes. Y era desventajosa por varias razones: por un lado, un dispositivo basado en la Asamblea General socioanalítica, con las características descritas anteriormente, podría generar que se hagan públicas ciertas acciones, por así decirlo, “se abrirían” las cloacas generadas por la gestión que recién terminaba. Podría iniciar una cacería de brujas; pero además estaba una segunda desventaja, en la cual el grupo opositor se encontraba en desventaja cuando la figura de los intervinientes aparecía más bien como *representantes* del proyecto que portaba el *staff cliente*.

Es claro cómo el encargo mismo de intervención produce, en el establecimiento, un revuelo, situaciones paroxísticas que tienen en común una certeza: todo se juega en la negociación interna sobre la intervención. El *staff cliente* solicita una intervención en la facultad. El grupo opositor se resiste, pero pierde. Intenta negociar: que se trate de otro tipo de intervención, que no les deje en una tan fuerte desventaja. Aún así, pierde. Al parecer, en el campo académico nuevo, los viejos mecanismos de control burocrático no son tan eficaces. La oposición será una oposición a la intervención, ya que todos sabían que los “depredadores” invitados significaban también otra cosa: era un marcaje que evidentemente legitimaría la nueva dirección de la facultad.

El *lapsus generalizado* que se da en el curso de la negociación de la intervención, si bien muestra significativamente una desorientación en el tiempo, en realidad denuncia dos tiempos que se superponen: el tiempo del auge de una crisis institucional, con el tiempo de su desplazamiento hacia la intervención. Dicho desplazamiento fue costoso: el clivaje entre los grupos confrontados se profundizó con el anuncio mismo de la intervención. Realizarla no fue fácil: hubo que sufrir todo tipo de desventuras en los órganos de decisión de la facultad. En adelante se hablaría del “divisionismo” que priva en la facultad.

El nuevo proyecto ascendente encontraba de lleno a sus acérrimos enemigos: más allá de los personajes, las estructuras burocratizadas y esclerosadas de la universidad y del quehacer académico, pocos espacios dejaban a la emergencia, en toda su potencia, de los procesos instituyentes, del nuevo proyecto universitario que se estaba gestando. Éste tendría que realizarse de forma ilegal o a-legal, en espacios y tiempos que no estaban previstos en el establecimiento, que no correspondían a su modelo organizativo y que, sin embargo, aunque sea parcialmente, lo utilizarían. En la práctica, el nuevo proyecto tendría la vocación de arrasar las estructuras rígidas y burocratizadas. Sin embargo, en ese proceso, el proyecto mismo tendería a curvarse. La negociación de la intervención en los diferentes espacios de decisión de la facultad encontraba un analizador básico: lo que en asambleas se había decidido, se discutiría en órganos de decisión. La intervención aceptada por una gran mayoría en la facultad, podía ser detenida en diferentes órganos burocráticos...

El lapsus también tenía esta significación. Como nos dijeron en la breve entrevista callejera, algún resultado deberían llevar a Poza Rica. El lapsus nos deja ajenos completamente al tiempo de la crisis. Sabremos por teléfono diferentes momentos: en ocasiones parecía que se desvanecía la posibilidad de intervención. En otras, el tono era francamente triunfalista. Pero lo que queda claro, es que el socioanálisis se da en el tiempo anterior a la llegada de los socioanalistas. En ese sentido, estamos en las antípodas de lo descrito por Guigou en torno a los "cursillos". Tocaría a los actores dar cuenta de ese análisis institucional en acto que se da en el curso de la negociación de la intervención.

A partir de este momento, todo parece indicar que como staff interviniente *siempre llegamos tarde*. Este desfase apunta nuevamente al problema del tiempo. El tiempo del análisis institucional en el establecimiento se inicia antes de la llegada de los socioanalistas. No se trata únicamente de un trabajo de la imaginación: en realidad, como dice Lourau, el encargo mismo genera un clima socioanalítico, el paroxismo característico de la irrupción de los procesos instituyentes en lo instituido. Cuando nos desplazamos a Poza Rica para entrevistarnos con el staff cliente, se nos adelantó una asamblea general, que realizaría el proceso socioanalítico. Más adelante, en el momento mismo de la intervención, lo que analizaríamos sería la presencia de la institución en los pliegos mismos del proyecto instituyente... En realidad, intervenimos en un grupo decantado, que de cierta manera era el portador visible de una transformación institucional en el establecimiento.

Este desfase no debe entenderse como una inadecuación metodológica al proceso institucional. Más bien estaríamos hablando sobre la manera en la que ciertas dimensiones del encargo se hacían explícitas en el proceso de la intervención. Desde un principio, el encargo que resultó imposible desconstruir fue la necesidad de un marcaje simbólico en el proceso institucional del establecimiento. Debería establecerse, con toda nitidez, la ruptura de la nueva administración con las viejas prácticas universitarias. Y ese marcaje simbólico estaría dado por la misma realización de la intervención. Enterradores y parteros, parece ser el destino de los socioanalistas.

Efectivamente, la situación institucional misma no requiere de analizadores contruados, de dispositivos específicos para la emergencia de los analizadores. Éstos se manifiestan cotidianamente en

En el curso de la entrevista, queda claro que el grupo de profesores no está unificado. Más bien se encuentra fuertemente dividido, entre partidarios de la antigua directora y los de la actual (el núcleo fuerte de egresados de la Metro, también trabajados ya por sus propias escisiones –conflicto Juan-Ricardo–, y son aproximadamente 5 personas).

El actual grupo dominante es fuertemente apoyado desde arriba, y se autopropone como los únicos portadores de un proyecto (coincidente con los grupos operativos). Este grupo quiere imponer esta línea, y nos demandan un *verdadero* grupo operativo, versus versiones de *dudosa legitimidad* venidas del CISE. Lo curioso, es que la experiencia la quieren no sólo para ellos (finalmente los interesados), sino para todo el cuerpo docente (que además, en un 70% tienen contrataciones interinas).

Plantean que la línea que pretenden seguir (se trata prácticamente del grupo director), es una línea de formación que permita mayor solidez en los planteamientos de la carrera, que por cierto, se encuentra con la enorme problemática de discriminarse con la Facultad de psicología de Jalapa, bastión tradicional del experimentalismo psicológico.

En nuestro análisis, le devolvemos que hacer un GO en una demanda tan entrampada en realidad, sería únicamente desviar los golpes que se esperan. En estas condiciones, un GO está destinado a un relativo fracaso. Así, la demanda de formación, que de hecho existe, está subtendida de una demanda en términos de fortalecer este grupo, demanda en términos directamente políticos. El fortalecimiento que esperan está planteado en términos de *garantías académicas*, que coincide perfectamente con la bandera que esgrime el grupo que intenta volverse dominante.

La propuesta de una intervención socioanalítica sorprende, pero es bien recibido, y, al parecer, entendida. Se plantea que, en caso necesario, revisaríamos los dispositivos de intervención planteados, y una segunda entrevista, con el staff cliente, dentro de tres semanas y media.

21 de abril

Tremendo lapsus generalizado. De Raúl no se ven ni sus luces (Ayer no asistió a nuestra sesión de trabajo sobre el curso de Lourau). Por mi parte, creí que la reunión sería el jueves (hoy es

martes). A las 7:00 PM, llegan a mi casa tres integrantes del *staff cliente*, disculpándose porque ya no se puede realizar la reunión. Dos de ellos estuvieron llamando a mi casa (estaban en la Metro), pero yo había salido. El otro, fue a recoger a un compañero que no llegó a la Terminal del norte. Resultado: la reunión no se pudo llevar al cabo.

En la banqueta, me comunican que algún resultado deben llevar a Poza Rica. Me plantean que entendieron la propuesta que llevó Ricardo, y que están de acuerdo. ¡Así de rápido, están de acuerdo con una intervención socioanalítica!

Sin embargo, me dejan ver que en el curso de la discusión de esta propuesta ya se están manifestando los primeros efectos socioanalíticos. Urge, entonces, la entrevista que no se pudo efectuar, ya que será a partir de allí que podamos diseñar, especificar, el dispositivo de intervención.

Quedamos en reunirnos el martes 12 de mayo (sobre el problema de que está el puente del 1º. al 5, y ellos salen de vacaciones el 15 de mayo). Se corre el riesgo de perder el momento caliente del cambio de dirección. Indudablemente, será necesario adelantar la fecha de la entrevista con el *staff cliente*...

29 de abril

Desde días anteriores, se ha impuesto la necesidad de realizar antes de lo convenido la entrevista con el *staff cliente*. Para no perder el momento caliente, se plantea que la intervención debería realizarse 11 y 12 de mayo (lunes y martes), y para lo cual ayer resultaba ser el único día propio para la entrevista. Así que, a falta de que el *staff cliente* pudiera desplazarse (y probablemente lavando culpas del lapsus que impidió la entrevista en México), decidimos, con la explícita reprobación de nuestras respectivas, desplazarnos a Poza Rica.

Me parece, valga como descargo, que de cualquier manera siempre es bueno desplazarse sobre el campo de intervención antes del inicio oficial de la intervención. Conocer un poco más el terreno, la gente, un trabajo más "etnográfico" no puede más que ir en beneficio de los resultados de la intervención.

El planteamiento de la entrevista era con "todos aquellos que estuvieren interesados en que se realice la intervención". Acudieron entre 60 y 70 personas. ¡Demasiado para un *staff cliente*! Sin

embargo, iniciar el trabajo con estas personas nos permitiría establecer estrategias más contundentes para el momento formal de intervención. Pero por otro lado, la situación permite que el "staff cliente" se esconda...

En el primer momento de la entrevista, recapitulo el transcurso del encargo de intervención, e informo algunos elementos generales sobre el método socioanalítico. La crítica de los grupos operativos es bastante contundente.

La asamblea, en este momento, está bastante fría. Existen algunas intervenciones destinadas, más que nada, a justificar, desde el currículum, el interés por los grupos operativos. No obstante, nuestra contrapropuesta les parece más pertinente. En este momento, parecería que la asamblea está demasiado fría.

Empezamos a señalar, con más insistencia, los aspectos políticos de la intervención. Los diferentes grupos de profesores, con proyectos distintos. A partir de esto, surge un elemento sumamente positivo (en el sentido dialéctico), de la asamblea: están allí porque quieren un cambio. Liderado por algunos profesores (en total asistieron entre 6 y 8, incluyendo a la directora, del total de 18), este momento iniciará una lógica, muy difícil de romper, hacia la fusión y la grupización. Aquí estamos los buenos (porque Dios así nos designó), versus los malos sin interés que no vinieron.

El cambio, aparentemente, es deseado por todos.

El silencio de los estudiantes es, en este momento, bastante estorbo. Hacen hablar demasiado a los profesores. Así que digo que quiero escuchar a los estudiantes.

Un líder estudiantil inicia en la misma tónica: están allí por un cambio. Pero pronto, muy pronto, el discurso estudiantil caerá en los lugares comunes: que asistan los profesores, que sean buenos profesores: los estudiantes tienen su demanda centrada en los profesores (no en lo que ellos mismos puedan imaginar, generar, desear, crear).

No obstante, este momento permite ver el "divisionismo" que priva en la universidad (constantemente señalado por profesores y estudiantes). Los estudiantes se desnudan, y muestran frente a los profesores sus debates y divisiones. Van surgiendo personajes, tales como la consejera estudiantil, la mesa directiva ganadora, los representantes de grupo, etcétera. De inicio, la hipótesis es la inoperancia de la organización para las demandas estudiantiles: la

organización es instrumento de control que se vuelve contra los estudiantes. Nada se puede hacer contra los profesores corruptos...

Del lado de los profesores, los pudores ganan. El enfrentamiento que no tuvo lugar se debió a una muy "pertinente" ausencia de Juan Ramos Tinoco, delegado sindical, miembro derrotado de la terna para la dirección, y líder del grupo opositor a la nueva directora, ausencia frente a la denuncia de una profesora en torno a los criterios y dispositivos de contratación.

Permanentemente se trabajan dos temáticas complementarias: La imagen del grupo unido, que es el único capaz de redimir la facultad condenada, y la imagen de los ausentes como la parte mala, maniqueísmo que rescata un lugar de marcaje de la intervención, de la nueva dirección, del lugar mesiánico organizado de antemano para la nueva directora. Con ella sí desarrollaremos un proyecto académico. En este momento, están casi garantizando el fracaso del nuevo proyecto.

Ante nuestra propuesta de trabajo, todo mundo parece encontrarse fascinado. Con gran sorpresa, al llegar el momento del cobro (\$ 4'000,000.00), queda prácticamente entendido que será la asamblea, el grupo cliente, quien pague la intervención. Este momento pone de manifiesto que la organización estudiantil es capaz de garantizar su parte del pago, y es capaz de controlar a los estudiantes. Sin embargo, por el lado de los profesores, nadie puede garantizar el pago... Los estudiantes entienden, mejor que nadie, la inequidad de sus condiciones.

Al salir, Juan Ramos y yo tenemos una plática. En ésta me deja entrever que hay muy fuertes problemas políticos de trasfondo, que sería imposible tratar abiertamente, en asamblea, así no se hace la política... Por otro lado, los estudiantes no tienen por qué ser testigos de las broncas de los docentes... Por último, la directora está muy vacilante: falta aquí la mano dura. Estamos en el reino del autoritarismo... ¡por todos lados!!!

9 de mayo

A un día de iniciar el viaje para la intervención. La semana ha sido cardíaca. Hay un manejo que no acaba de gustarme. Hemos tenido diversos contactos telefónicos, ya que necesitábamos garantías de que la intervención se realizara para poder iniciar preparativos.

Se realizaron tres llamadas en el curso de la semana. Ya desde la primera, estaba puesta en cuestión la intervención. Según Ricardo, había una campaña de malinformación o desinformación que había generado muchas dudas en la gente. El miércoles se realizaría una reunión con profesores y representantes estudiantiles para aclarar las tareas de la intervención.

Ricardo no se reporta de acuerdo a lo pactado. Tengo que llamarle yo (miércoles). El miércoles lo encuentro francamente desanimado, ya que en la reunión fueron fuertemente grillados y puestos en minoría. Manifiesto mi inconformidad y mi molestia. Fuimos solicitados para realizar un curso, y contestamos una propuesta de intervención que, de inicio, *ya había sido aceptada*. Únicamente faltaba pactar los términos de la intervención (sobre todo en el plano económico).

Al parecer, el grupo de Juan Ramos Tinoco no solamente responde al tipo de dispositivo (sugiriendo una cuestión más mendeliana), sino que el trasfondo de legitimación es lo que no puede tolerar, ya que Carla está a punto de arrebatarle toda legitimidad como contestación.

El jueves a las 3 de la tarde no recibí la llamada convenida, así que me imaginé que se habían echado pa'trás. No obstante, a las 10:00p.m., Ricardo me llama, en un tono mucho más triunfal, comunicándome el éxito de su gestión como grupo cliente de la intervención. Un arduo trabajo de promoción garantizó la presencia de por lo menos 60 personas, y actividades para saldar nuestros honorarios.

El día de hoy, América me llama para preguntarme sobre los planes de llegada. Me informa que continúa fuerte la movilización. Le aventaron un periodicazo a Carla, lo que permitió obtener el visto bueno de autoridades superiores (la Delegación). Me permito plantearle que también debían invitarlo a la intervención...